

ARTE • LETRAS • ESPECTACULOS

emoción o las emociones nacidas del conocimiento de una experiencia inmediata. El color, la fuerza verbal, la verdad interior de los personajes, son elementos sustanciales de una crónica, a la que le pasa lo mismo que a las novelas de Genet: Que hablando de experiencias reales de sus autores nos suenan, por su excepcionalidad, a fábulas inventadas. ■ J. M.

El Nadal y el Pla: sólo media sorpresa

Desde hacía dos meses los enterados aseguraban que el Nadal 1972 iba para García Badell, y el Premio Pla de novela en lengua catalana para Alexandre Cirici i Pellicer. Badell ya había sido en otra ocasión finalista del Nadal con su obra «De las armas a Montemolín», obra que tuvo que pasar por las puertas estrechas de la Administración. La noche de la concesión del Premio se inició bajo esta doble presencia: García Badell y Cirici i Pellicer. La primera votación del Nadal ya demostró que la unanimidad del Jurado se repetía en la novela de García Badell, «Las cartas boca abajo», y en la de José María Carrascal «Groovy». A primera vista, Carrascal parecía cumplir el papel de «colocado», pero la presencia del periodista de «Pueblo» en los salones del Ritz ya dio que pensar. En una «suite» cerrada a cal y canto, el Jurado del Nadal despachaba el expediente y la cena, a buen seguro compuesta por Néstor Luján, excelente cocinero de guiones literarios y gastronómicos.

Tampoco iba mal servido en guisos el Premio Pla. El experto en cocina del Jurado es Joan Perucho, coautor con Luján de algunos libros de cocina. Los jurados respiraban serenidad y clasicismo. En el del

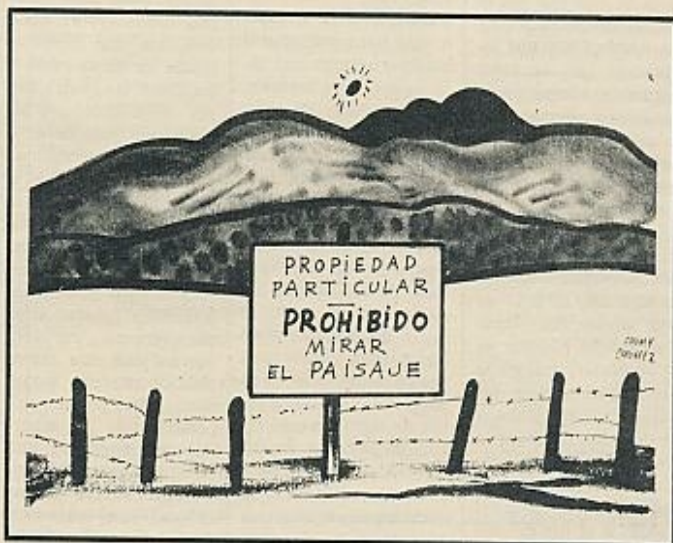
Nadal: Luján, Masoliver, García Pavón, Vilanova y el editor Vergés. En el Pla: Maurici Serrahima, Porcel, Perucho y Espinás. García Pavón ocupaba la vacante dejada por la muerte de Vázquez Zamora.

El ambiente del Nadal se repite de año en año. Uno diría que la única variante notable es que los premios literarios han ganado en perfección litúrgica lo que han perdido en interés literario. Un premio es ante todo una imagen acreditada en el mercado, sobre todo si ese premio se llama Nadal y puede mostrar aciertos tan definitivos como Nada, o El Jarama. La gente asiste a este Premio como a la Misa del Gallo. Lamentablemente, la cena que

de (hijo del importantísimo historiador don Ramón Carande) y Asenjo Sedano (un novelista de los del «boom» andaluz). La cosa quedó entre García Badell y Carrascal, y finalmente la cosa se la quedó enteramente Carrascal. Masoliver diría después que la novela de García Badell «es un gran libro que ya se verá». Según parece, la novela se basa en hechos sucedidos en Huesca durante el asedio de la guerra civil. En cuanto «Groovy», la de Carrascal, se aplica a la descripción de la vida «hippy» a través del protagonismo de una muchacha partidaria de la felicidad. «Groovy», aclaró el propio Carrascal, quiere decir «... algo maravilloso, un sen-

pesa sobre su cabeza por haber sido jurado en el extranjero en un premio de literatura catalana. La novela premiada se titula «El temps barrat», y es la segunda parte de sus memorias noveladas. Cirici i Pellicer es una de las figuras indiscutibles y casi indiscutidas de la cultura y la conciencia civil catalanas. Pontífice del gusto artístico, ha practicado en este terreno la misma «ética de la infidelidad» que pregona Castellet, propiciando constantemente el experimentalismo y la quema de naves ancladas. Es quizá el mejor analista de Tapiés en un mundo en el que ya abundan los analistas de Tapiés.

Entre los finalistas: Pau Faner, por «Narra-



se sirve a los figurantes no es la misma que se sirve a los jurados. Sería del mayor interés que Néstor Luján tomara cartas en el asunto y se consiguiera una cierta igualdad y fraternidad gastronómicas, un cierto grado de comunión en suma, entre el Jurado y los comensales de a pie.

Las votaciones avanzaban y las previsiones se confirmaban. Quedaron fuera de juego en el Nadal Rodrigo Rubio (un Premio Planeta), Bernardo V. Caran-

timiento profundo y amable». Carrascal es corresponsal de «Pueblo» en Nueva York, tiene cuarenta y dos años y ya había publicado una novela, «El capitán que nunca mandó un barco». Escribió «Groovy» en diez semanas, lo que no constituye ningún exceso, porque Dostoyevsky escribió «Crimen y castigo» en quince días.

En cuanto al Pla, las profecías se confirmaron. Cirici i Pellicer ganó y las doscientas mil pesetas puede destinarlas a pagar la multa que

cions inspirades»; Soler y Ferret, por «De pell endins»; Nuria Serrahima, por «Mala guilla», y Xavier García, por «Un trieni de la vida del país». El premio de reportajes Manuel Brunet fue para Manuel Trallero, de «Arriba», por su trabajo «Viaje sentimental en torno al "Call" de Barcelona». Un año más. Un premio que se sucede a sí mismo. El discreto y encantador perfume de dos instituciones incruentadas: el Nadal y el Pla. ■ M. V. M.

Filosofía para científicos en la rue d'Ulm

En otoño de 1967, bajo la dirección de Louis Althusser, se inició en París, en el marco de la famosa Ecole Normale Supérieure, un curso de Filosofía para científicos.

No se trataba de hablar de la Filosofía en general ni de todos los «problemas» de la Filosofía, sino de aquellas cuestiones filosóficas que interesan en la relación de la Filosofía con la existencia y la práctica de las ciencias.

Siglo XXI y Anagrama (1) acaban de publicar algunos de los trabajos que fueron desarrollados bajo forma de conferencias en el citado curso. Los demás, aunque existe una edición ciclostilada que circuló por París, permanecerán inéditos al lector por voluntad expresa de sus autores. (Se trata de los textos de Althusser —excepto la crítica a Jacques Monod publicada por Anagrama—, Macherey, Regnault y Balibar.) La razón de ello habría que buscarla en la tempestad de mayo de 1968, que entre otros muchos efectos hizo tambalear el «frente filosófico» de muchos intelectuales marxistas franceses. El academicismo, el teorismo, la hermenéutica del discurso, fruto de una pretendida «práctica teórica» por encima de la lucha de clases, se dejan sentir en estos textos, pensados en una coyuntura política superada. Tras ellos se esconde la contradicción

(1) Michel Fichant y Michel Pécheux: «Sobre la historia de las ciencias». Siglo XXI, Argentina.

Alain Badiou: «El concepto de modelo». Siglo XXI, Argentina.

Louis Althusser: «La concepción del mundo de Jacques Monod». Cuadernos Anagrama («Del idealismo "físico" al idealismo "biológico"»). Editorial Anagrama, Barcelona, 1972.

misma de la posición política de la filosofía.

Trataré únicamente aquí del libro «Sobre la historia de las ciencias», editado por Siglo XXI, Argentina, que reúne dos trabajos, uno de Michel Pécheux («Ideología e historia de las ciencias: los efectos de la ruptura galileana en Física y en Biología») y un segundo de Michel Fichant («Idea de una historia de las ciencias»).

Ambos trabajos hay que situarlos dentro de los intentos de una nueva teoría materialista de la historia de las ciencias (ver: «Una nueva práctica de la historia de las ciencias», TRIUNFO, número 500).

Se trata, en suma, de hacer frente al positivismo y evolucionismo dominantes en la historia de las ciencias, negándose a admitir que se pueda tratar el conjunto de las prácticas científicas como una realidad homogénea y no según su historia (desarrollo desigual) y según su distinción (objeto de conocimiento propio, teoría y experimentación específica), y, por otra parte, negarse a aceptar la historia de las ciencias como evolución fluida, como crónica o sucesión de «descubrimientos» y de «precursores» que llevarían del conocimiento del error a la verdad.

Este cuestionamiento del empirismo evolucionista determina la introducción de los conceptos bachelardianos de ruptura y de refundición como núcleo central de la teoría de las ciencias, o epistemología, y el de recurrencia, como núcleo de la teoría de la historia de las ciencias.

Así (nos referiremos únicamente aquí al primer trabajo), en el proceso histórico de formación de la Física científica, Pécheux llama ruptura epistemológica al punto de «no retorno» a partir del cual comienza dicha ciencia. Este punto histórico se situaría en los trabajos de Galileo referidos a la caída de los cuerpos. El efec-

to en Biología de dicha ruptura galileana es asimismo estudiado por Pécheux, quien llega, siguiendo a Canguilhem, a interesantes conclusiones acerca del papel que ha desempeñado el mecanicismo y el vitalismo en la formación de la Biología científica y cómo la Biología presenta (al contrario de la Física) una vulnerabilidad específica en cuanto a la explotación que las diferentes concepciones del mundo ejercen sobre ella. La explicación de ello habría de buscarla en los problemas específicos de la aplicación de la Biología en el proceso de producción económica, presentándose como una normalización del trabajo tanto como una organización de las relaciones sociales.

Esta conclusión a la que llega Pécheux constituye, en mi opinión, una de las consecuencias más importantes de estos análisis, y abre nuevas perspectivas para una crítica del biologicismo dominante en la actualidad. ■ JOAN SENENT-JOSA.

La nueva moral

La Editorial Sígueme acaba de publicar esta obra colectiva, dirigida por Williams Dunphy, y que está constituida por los trabajos de diversos especialistas muy conocidos en Norteamérica, y algunos de ellos, como el profesor Marshall McLuhan, fuera de las fronteras de ese país.

El tema, sin duda, es apasionante en el momento actual, ya que es evidente que el hombre está variando, y la sociedad también. El «yo» (que no es un «yo» solitario, sino «yo y mi circunstancia», como dijo Ortega), ha variado porque la sociedad ha variado también. Y como «la moral está en función de la autocomprensión humana», este nuevo «yo», que empieza a comprenderse a sí

mismo, requiere una nueva moral.

Se analiza en el libro una breve historia del cristianismo para situar los cambios que la moral ha sufrido. Después se estudia en particular la ética sexual que hubo en el Antiguo Testamento. Esta es la parte, a mi modo de ver, más discutible de este interesante libro, porque muchos de los análisis del autor están en contraposición con otras investigaciones bíblicas en las que se emplean menos la imaginación para defender ciertas posturas morales en la Biblia, que no parecen tan claras como cree su autor.

Viene después un trabajo muy inteligente del filósofo católico Leslie Dewart sobre la moral en el Nuevo Testamento, que desborda con mucho el marco de este título tan concreto. Aboga por una moral en gran parte nueva, ya que «el concepto legal de la moral ya no serviría adecuadamente —en el momento presente— a las necesidades de la fe cristiana».

Se plantea, por ejemplo, la moral de la guerra moderna y la moral económica, haciendo ver que las ideas tradicionales en moral, por más que se renueven y limen, ya no sirven para entender los problemas de la guerra ni de la economía, dada la nueva envergadura que han adquirido estos problemas en el mundo actual. La simple pregunta sobre la moralidad de la guerra resulta insuficiente, porque antes de preguntarnos sobre su moralidad, debemos plantearnos la estructura nueva del mundo. Los nuevos problemas en él ya no son individuales, ni siquiera sociales, en el sentido fáctico de la palabra, sino estructurales. La estructura del mundo ha cambiado tanto, que las relaciones entre los hombres han de dar un salto cualitativo, y no solamente cuantitativo. La conclusión de bastantes pensadores católicos es que

«el concepto cristiano tradicional de la moral no proporciona ya una dirección moral suficiente para la Humanidad contemporánea».

Sigue el libro analizando las relaciones entre el proceso cósmico y la vida moral. Más tarde se trata en el libro de la ética de la continuidad y de la nueva dimensión de la pedagogía moral. En este capítulo se aborda el problema de la emoción y de la represión de las emociones.

Ciertamente, el tema de la represión inconsciente o el tema de la inhibición consciente de nuestras emociones es hoy un punto céntrico, desde el cual debemos juzgar de la validez real de una moral para el hombre de hoy. El autor de este capítulo parte de la base que «en el núcleo auténtico del ser del hombre hay una inclinación que es autoafirmante, afirmante de los otros y afirmante de la vida, y ésta es una inclinación afectiva... que en los primeros meses de la existencia del niño... se expresa a sí misma espontánea e indiscriminadamente». Pero también, al lado de esta afectividad constructiva del hombre en su entorno existe la emotividad confusa hecha de frustraciones y de deformaciones de la realidad de un mundo adulto. Y estas emociones negativas «deben ser traídas a la luz del día de la conciencia psicológica antes que se pueda restaurar la comunión con el centro afectivo positivo de nuestro ser». En este sentido, es necesaria una «liberación de las emociones», sin la cual, la actitud moral sería una ficción.

Por último, vienen tres capítulos, también de interés, sobre la antropología del Vaticano II, el futuro de la moral, y Cristo, hombre completo.

Libro interesante, y cuyo único defecto es que se desearía un mayor desarrollo de cada

uno de sus temas. ■ E. MIRET MAGDALENA.



Preservando el Statu Quo

Resulta sorprendente el comprobar que el público del «rock» —esa audiencia que se considera sofisticada, independiente e inmune a coacciones publicitarias— es, en realidad, tremendamente sensible a algo tan extramusical como la imagen del artista, una pura creación de la «media» en complicidad con «managers» y promotores. No es excepción el «rock» al proceso de la moda: los dictadores del gusto guían al público en la eterna búsqueda de «lo último», de los nuevos artistas que ocuparán el lugar de los que ayer importaban. Estos son abandonados por otros cuya personalidad o estilo de vida son más extraordinarios; se les declara como «superados» o «en decadencia» y se convierten en muertos en vida para el público. Su nombre ya no es mencionable, a no ser en tono despectivo. Nada importa que su música sea aún válida o que sus discos actuales sean superiores a los que les hicieron famosos: nadie les escuchará. Es la hora de desaparecer, lo que al menos da la posibilidad de convertirse en una «figura legendaria» en el futuro. Ante tan injusta disyuntiva, tiene algo de desesperada y heroica la resistencia a morir de grupos que continúan trabajando fieramente y editando año tras año discos por los que na-

die se interesa. Estoy pensando en los Pretty Things, Byrds, Manfred Mann, Blue Cheer y tantos otros. Y, en particular, en un grupo inglés llamado Statu Quo, del cual se acaba de editar un notable LP (1) en España.

Statu Quo llevaban tres años tocando cuando, en 1968, tuvieron el primer contacto con el éxito gracias a «Pictures of Matchstick Men» e «Ice in the Sun». Eran excelentes discos «pop» que, desgraciadamente para el grupo, les encasillaron como gente sólo apta para actuar en clubs juveniles y sonreír a todo color en revistas para «teen-agers». Por aquellos días comenzaba el gran cisma en el mundo del «rock»: por una parte, los aficionados que se dicen serios («Yo sólo compro «long-plays»»), y por otra, los que compran discos de éxito exclusivamente. Repudiados por unos, debido a su imagen populachera, y gradualmente olvidados por los otros, debido a la incapacidad para producir «hits» constantemente, Statu Quo fueron liquidados virtualmente. Pero ante la indiferencia general, ellos perseveraron: en 1971 volvían con una nueva política musical, tocando seis días por semana como grupo de soporte, construyéndose una reputación por el camino duro. «Perro de dos cabezas» es el primer LP de los renacidos Statu Quo, y se trata —sorpresa, sorpresa— de un disco realmente bueno. Statu Quo han quedado reducidos a cuarteto, y su música es la típica de la segunda generación de bandas de «rock» fuerte. Han bebido en los discos de Zepelin, Beck y Cream, y su sonido es evidentemente derivativo. Tampoco son grandes letristas (muestra: «Las mujeres parecen dejarme a un lado; si pudiera encontrar la razón, yo sabría el porqué») ni

(1) Statu Quo: Dog of Two Head (Pye 85 864-1).

prolíficos compositores (sólo siete canciones en el álbum). Pero hay en ellos algo realmente único: entusiasmo, energía, toda la fuerza de una banda juvenil que se ha aprendido unos cuantos clichés de «rock»-«blues» y los machaca con ferroz intensidad. Nada de pretenciosas fusiones o de comentarios sobre el estado del mundo: sólo música para el cuerpo. Ellos entienden el «rock».

Statu Quo acaban de firmar con la marca Vertigo, que parece estar dispuesta a convertirlos en un conjunto popular y respetado. No sería el primer caso de resurrección. Procol Harum, los Kinks y los Beach Boys son ejemplos de bandas que han continuado insistiendo con LPs de tal excelencia, que ha sido imposible olvidarlos, y están gozando de un segundo período dorado. Aunque, ¿cómo se podría ignorar a un Gary Brooker, un Ray Davies o un Brian Wilson? ■ DIEGO A. MANRIQUE.



Las últimas voces de un pueblo en cambio

Un folklore como el flamenco, en el que, al contrario de lo ocurrido con otras producciones folklóricas, no ha sido posible acompañar los textos con la caligrafía o notación musical correspondiente, y donde la transmisión oral ha constituido la única forma de permanencia de la estructura musical de los cantes, hace especialmente im-